LA NOVELA CÓMICA

Nº 63

¡LOS HOMBRES QUE SON HOMBRES!... **10 cts.** *J. Moyrón.*

—USTED ESTÁ FALTO DE ENERGÍAS. ¿QUIERE TONIFICARSE PRONTO Y AUMENTAR DE PESO? PUES TOME EL

HIPODERMOL

Los pedidos de números corrientes o atrasados, a la

Sociedad General Española de Librería

Caños, 1, Madrid.

CAMAS La casa que más vende en Madrid. Unica que garantiza su dorado inglés inalterable, es la acreditada Fábrica **DORADAS** Cabeza, 34.

Telèfono, M-951

INTERESA LEER A TODO BUEN COMERCIANTE

"EL FABRICANTE ESPAÑOL"

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En España, 3 pts. al año.--En el Extranjero, 5 pts.

Redacción y Administración:

JUAN DE OLÍAS, 20

MADRID

El papel en que se imprime «La Novela Cómica» es fabricacion especial de La Papelera Española.

AÑO II Madrid, 28 de noviembre 1917 Núm. 63

JULIAN MOYRÓN

¡LOS HOMBRES QUE SON HOMBRES!...

SAINETE LÍRICO EN DOS ACTOS, ESTRENADO EN EL TEATRO CÓMICO. MÚSICA DEL MAESTRO JERÓNIMO JIMÉNEZ

(ADAPTACIÓN SIN MÚSICA)

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Una huevería. Puerta que da a la calle y otra a habitaciones interiores. A todo término izquierda, una especie de estante-mostrador lleno de huevos. Por el suelo, varios cestos grandes con los mismos comestibles. A la izquierda, una mesita.

ELOY.—(Sr. Soler. *Examinando huevos.*) Hueco. Al cesto de una veinticinco. Podrido. Al de una diez. De primera. ¡Vaya un huevo! Pa casa.

TERESA.—(Sra. Medero. *Entrando.*) Buenos días, Eloy, ¿cómo estás?

ELOY.—Podrido... (*Que continúa en su faena.*) ¡Anda! ¿Tú por aquí, Teresa? ¡Pues sí que madrugas!

TER.—¿Y la Evarista?

ELOY.—Empollao. Al de seis reales. En la compra.

TER.—¿Tardará mucho?

ELOY.—Hija, no sé.

TER.—¿Qué?, ¿hace hoy, por fin, Ramoncito la primera comunión?

ELOY. Así parece. ¡Ahora que no le digas na a Celedonio, porque como tu marido es así, no tengo nesecidad de que venga a guillotinarnos la tranquilidad con un discurso anticlerical! La verdad que te ha tocao un marido... (Hueco. Al de una veinticinco...) en la lotería matrimonial, que aunque no te hubiera tocao...

TER.—Sí; pero ya es tarde, porque ya me ha tocao.

ELOY.—Claro con tres años de matrimonio... Empollao. Al de seis reales.

TER.—Voy a ver si encuentro a Evarista. (*Vase.*)

ELOY.—Memorias. ¿Qué mosca le habrá picao a ésa? ¡Tres meses sin parecer por aquí y hoy se le ocurre hacernos una visita.

EVARISTA.—(Loreto Prado. *Desde la puerta, con una jarra de leche y un junco con buñuelos.*) Ahí está. ¡Qué figura más interesante pa un periódico de monos! A hermoso, pué que le haiga ganao aquel célebre don Felipe, que según referencias, ya era una exageración; pero a honrao y trabajador y a tener un no sé qué, que a mí me hace un cosquilleo especial por to el cuerpo... Me había olvidao que me confesaba hoy. ¡Ya tengo que confesar el cosquilleo!

ELOY.—Te he visto a través de este huevo. Hueco. ¡Espera, que a falta de flores te voy a alfombrar el suelo de huevos.

EVAR.—De seguida. ¡Buena soy yo pa ir pisando huevos!

ELOY.—¡Olé el salero, y la gracia, y los andares...!

EVAR.—¡Eloy! Hoy hay que comprimirse. (*Se dispone a marchar muy decidida. Al llegar a la puerta se vuelve. Poco a poco se van volviendo hasta que se encuentran frente a frente.*) (Me da lástima.) (*Duda un momento y por fin dice:*) (Dios mío, a ti te será igual esperar hasta la semana que viene pa que cumpla contigo: ¡porque nos queremos tanto, Señor!) ¡Eloy!

ELOY.—(*Yendo hacia ella.*) ¡Mi Evarista!

EVAR.—¡Espera, voy a dejar los buñuelos ahí, que se han ruborizao!

ELOY.—¿Se me da permiso pa inmiscuirme en tu físico y...

EVAR.—Inmiscúyete. (¡Te veo de venir!)

ELOY.—¡Bendita seas! (*La abraza.*)

EVAR.—Ya comprenderás que después de esto no puedo confesarme lo menos en un mes.

ELOY.—¡Bendito sea Dios! ¡Ya terminó la veda! (*Entregándose a expansiones conyugales.*)

RAMONCITO.—(*Asomando la cabeza.*) Ahora no se podrá pasar, ¿verdad?

LOS DOS.—(*Separándose rápidamente.*) ¡Ramoncito!

ELOY.—Nos ha sorprendido en plena expansión. ¡Ah! ¡Te advierto que se le ha perdido el décimo que le mandaste sacar ayer, y el hombre está temiendo que le preguntes por él!

RAM.—(*Dentro.*) Madre, aunque yo no he visto na, yo no salgo.

(*Sale Gregorio* (Sr. Chicote), *despavorido y haciendo señas al matrimonio de que se calle. Se esconde detrás de varios cestos de huevos. Inmediatamnte sale un jugador. Mira por todas partes como si buscara algo. El matrimonio está asombrado.*)

JUGADOR.—¡No se me escapa! Vengo buscando un gallina...

EVAR.—¿Gallinas? No, señor; aquí no tenemos más que huevos. (*En chunga.*) ¡Y no se quede usté a la puerta... con confianza... Está usté en su casa...

JUG.—¡Usté disimule esta falta de educación de colarme... (*Se pone el sombrero que tenía en la mano.*)

EVAR.—¡Cuéleselo usté!

JUG.—(*Rascándose la cabeza.*) Pero es que hay cosas... Figúrense ustedes, que nos encontrábamos en el último juego de la partida, y tos a falta de diez tantos... (*Enfureciéndose.*) Bueno; pues me los ha hecho el señor Juan, fallándome el tres de copas por culpa de ese tío ladrón.

EVAR.—¡Después de tó por un tres!...

JUG.—Si aquel tres era la partida, señor. Y ustés disimulen que les haiga allanao la morada. (*Quitándose el sombrero y finísimo*) Beso a usted las manos, señora. A los pies de usté. (*A Eloy.*)

EVAR.—Idem, ídem.

ELOY.—Lo mismo digo.

GREGORIO.—(*Pequeña pausa, asomando la cabeza.*) ¿Se ha ido ya ese tío pegón?

EVAR.—¡Sí! ¡Y salga usté de ahí!

GREG.—(*Saliendo.*) He estao a punto de fenecer por un tris!

EVAR.—Por un tres, dirá usté. Y tó habrá sido por meterse ande nadie le llamaba, y por querer hacer un favor, ¿no?

GREG.—¡Lo de hoy ha sido por culpa de este condenao, que va a ser mi perdición! (*Señalándose un ojo, que guiñará con frecuencia.*)

EVAR.—Qué, ¿le sigue a usté bailando?

GREG.—¿Qué si me sigue bailando?... ¡El disloque! Polkas, chotisses...

EVAR.—Bueno: y reasumiendo, ¿qué?

GREG.—Aquí tié usté el resumen. Tres sujetos que juegan al tute; un cuarto, que soy yo; un movimiento de este inoportuno (*Señalándose el ojo.*) en el momento crítico, que hace sospechar al sujeto de que he hecho señas de que tenía el tres, y tres puñetazos al vapor, que me han cocido el ojo. Y lo que más me reconcome, es que to ha sido por creer que conocía al tío ése, y querer hacerle un favor.

EVAR.—Cuando usté se dispone a hacer un favor, hay que echarse a temblar.

GREG.—¿Me da usté un pitillo, señor Eloy, pa ver si me baja la hinchazón con el humo?

EVAR.—¿Pero qué festividad es, que trae botas?

GREG.—Ná; un obsequio del señor Ginés; que, como ayer fué mi santo, y conoce mi temperamento despilfarrador, me quiso hacer un regalo útil, y que no lo pudiera vender.

—EVAR.—No están mal, pa un hombre cuidadoso y conservador como usted.

GREG.—Pero señá Evarista, si pa conservar estas botas hace falta ser anticuario. Estas botas son pa utilizarlas por el asfalto, pero no por la calle del Peñón, ande yo vivo, que hay ca guijarro tamaño a este huevo (*Tomando uno.*), y ustés perdonen el modo de señalar y el que me lo sorba, pues estoy dende anoche con aquel poquito de repollo que usté me dió.

EVAR.—¡Ya sabemos dónde va a parar un huevo!

GREG.—Este sobre to, no cabe duda. (*Absorbiéndolo.*)

EVAR.—Quió diga usté a Ramoncito algo respective al acto de hoy. (*Llamando.*) ¡Ramoncito!

ELOY.—(Pues señor, me he quedao con gana de darle un beso a la Evavista. Primero el chico y después el señor Gregorio...)

RAM.—(*Dentro.*) ¿Se pué salir ya, madre?

EVAR.—Sí. ¿Te habrás lavao bien, hijo mío?, ¡que hoy es un día grande pa ti!

GREG.—Pa lavarte bien hazte cuenta que son grandes tos los días: ¡y perdona esta intromisión higiénica, Ramoncito! (*Sale Ramón con un vestido nuevo y un lazo en un brazo.*)

EVAR.—Ande usté, señor Gregorio, repásele usté la doctrina, y dígale usté algo referente al acto de hoy. (*Hace mutis por la derecha.*)

GREG.—¿Y quién me la enseña a mí?

RAM.—(Menos mal que no me ha preguntao por el décimo; porque como hoy no se pué mentir, tendré que decirla que lo he perdío.)

GREG.—(¿Y qué le digo yo a éste que resulte místico-religioso?) Me parece inútil, Ramoncito, encarecerte el día de hoy, que, como ha dicho muy bien tu madre, es un día grande pa ti. ¡Y no lo digo por el lavao, que a juzgar por estas reteces, parece un día, a lo sumo, de tres o cuatro horas! (*Ramoncito saca el pañuelo y se lava con saliva.*) No te molestes, que con saliva está peor. Lo que sí te digo es que tengas en cuenta la trascendencia de esta fecha... que es trascendental para ti... porque tié trascendencia. Y tié trascendencia porque es trascendental. (No se me ocurre na.) ¿Está esto claro?

RAM.—Sí, señor; muy claro.

GREG.—Tú, ya eres casi un hombre, y en este mundo tiés que ver muchas cosas, hijo...

RAM.—Y las que he visto ya.

GREG.—¡Las que has visto no tién comparación con las que te quedan por ver, como Dios te haga el osequio de dejarte en este mundo al lao de tus padres! Y ahora, Ramoncito, sólo te diré que te fijes bien en este día, que por primera vez te entrará en tu indigno cuerpo Nuestro Señor, pa dejarte completamente limpio que buena falta te hace. Y vamos a ver, ¿cómo estamos

de doctrina? Te preguntaré primero, pa seguir el método: ¿cuántos dioses hay?

RAM.—Uno; pero parecen tres.

EVAR.—(*Dentro.*) ¿Eh?

GREG.—Reflexiona.

RAM.—El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Son tres personas distintas y un solo Dios verdadero.

ELOY.—Justo. ¿Y el Padre, es Dios?

RAM.—Sí, padre.

EVAR.—(*Dentro.*) ¿Y el Hijo, es Dios?

RAM.—Sí, madre.

GREG.—¿Y el Espíritu Santo, es Dios?

RAM.—Sí, señor Gregorio.

COMPRADORA.—(*Por el foro.*) Señor Eloy.

ELOY.—Señor Gregorio. ¿Me hace usté el favor de despachar, que yo estoy ocupao con esta remesa?

GREG.—(*Devolviéndole el Catecismo.*) ¡Toma, hijo mío, que antes es la obligación que la devoción!

ELOY.—¿Y los Mandamientos, te los sabes de corrido?

RAM.—(*Buscándolos en el Catecismo.*) ¡Pregunte usté, que estoy seguro que no me equivoco! (*Leyendo.*) Son diez: ¡Los tres primeros pertenecen al honor de Dios, y los otros siete al provecho del prójimo!

GREG.—(*Viéndole.*) (¡Menudo prójimo! ¡Pues no los está leyendo!)

ELOY.—¡Muy bien!

RAM.—El primero, amar a Dios sobre todas las cosas. El segundo, no jurar su santo nombre, en vano. El tercero, santificar las fiestas. El cuarto, honrar padre y madre. El quinto, no matar. El... el...

GREG.—El sexto.

EVAR.—(*Rápidamente, dentro.*) ¡El séptimo! ¡No meta la pata!

GREG.—Na, que en cuanto quió hacer un favor, me colo.

RAM.—El séptimo, no hurtar.

EVAR.—(*Dentro.*) Pero ¡qué bien te lo sabes!, ¿ves tú, Eloy?

ELOY.—Hasta ahora no se ha equivocao en na.

COMP.—¡Pa mí que el que está equivocao es usté! (*Por los guiños.*)

GREG.—Equivocao, ¿por qué? ¿Es que no son gordos?

COMP.—¡Me refiero a que está usté perdiendo el tiempo con tanto guiñar el ojo!

GREG.—¡Y si no fuera más que el tiempo! El ojo es lo que voy a perder. Hoy he estado a punto de perder esta mandíbula!

ELOY.—Vamos, hijo. ¿El octavo?

RAM.—El octavo, no levantar falsos testimonios ni mentir. El noveno, no desear la mujer de tu prójimo...

COMP.—Adiós, Ramoncito. (*Entregando el dinero al señor Gregorio.*)

RAM.—(*Metiéndola el lazo por los ojos.*) ¡Muy buenos!

COMP.—Ya lo veo, ya. ¿De modo que hoy haces la primera comunión?

RAM.—Sí, señora; pa quedarme completamente limpio.

COMP.—(*Dándole unos perros.*) Ten, hijo. ¡Y ves luego por casa, pa que te veamos!

RAM.—Descuide usté. Ya ha dicho mi madre que me llevará a casa de tos los conocidos, pa que me vean.

COMP.—¡Pues que Dios te haga un santo! Adiós, señor Eloy. (*Vase.*)

ELOY.—Que él te acompañe.

EVAR.—(*Asomando la cabeza.*) ¿Y el décimo, Ramoncito?

RAM.—¡El décimo?... ¡Se me ha perdido, madre!

EVAR.—(*Desapareciendo.*) (¡Pobrecito mío!) ¡Si digo el décimo manda-

miento! (*Ramoncito, que había cerrado el Catecismo, vuelve a abrirlo y pasa hojas y más hojas para encontrar los Mandamientos.*)

GREG.—(¡También se le ha perdío y no lo encuentra!)

RAM.—El décimo... el décimo... Ya le he encontrao.

ELOY.—¿El décimo? ¿Ande le tenías?

RAM.—No, no; si es el décimo mandamiento.

GREG.—¡Qué escena familiar pa un pintor de fama!

ELOY.—Es verdad. ¡Qué felices semos! Dios mío, después de tantas cosas como ya me has dao, ¿qué más puedes darme?

EVAR.—(*Con un plato, dos jícaras y buñuelos.*) El chocolate.

GREG.—¡Bendito seas, Señor! ¡Siempre tiés algo que dar! (*Se dispone a tomar el chocolate el señor Eloy.*)

EVAR.—Usté supongo que también lo tomará, señor Gregorio.

GREG.—Ante esa insistencia, no me puedo negar. Pué que se me mejore el ojo con el cacao.

EVAR.—(*Que salió en disposición de ir a la calle.*) ¡Toma! (*Dando a Ramoncito una onza de chocolate.*) Y en cuanto que comulgues, pegas un bocao en el chocolate, no sea que escupas distraidamente. Y anda, vámonos, que se nos hace tarde.

RAM.—¡Adiós, padre! (*Eloy tiene la boca llena y se despide de ellos mímicamente.*) ¡Adiós, señor Gregorio!

EVAR.—(*Viendo, al ir a hacer mutis, a Celedonio, que se dispone a entrar.*) ¡Buena la hemos hecho! ¡Celedonio! (*Retrocediendo y procurando tapar el lazo que lleva Ramoncito en el brazo.*)

ELOY.—¡Celedonio!

GREG.—¡El tío hereje éste me hace el mismo efecto que el café sin azúcar!

CEL.—(Sr. Ponzano. *Avanzando solemnemente.*) ¡Sí, Celedonio en persona; que más le valiera haber venío al mundo por generación espontánea que tener estos parientes tan rocines! Y no te molestes en taparle, porque ya le he visto la divisa y conozco la ganadería. (*Tirando del lazo.*) Se sus metió en la cabeza hacerle clerical y... ¡Y menos mal si no le habéis enseñao el grito de "¡Viva el Papa-rey", porque tó es creíble en celebros tan obtusos! ¿Y a esto llaman la casa de la dicha?... ¡La casa de los bestias la llamaría yo!

EVAR.—¡Nos estás poniendo buenos!

CEL.—¡Este, un asno! (*Por Eloy.*)

ELOY.—¡Hombre, muchas gracias! ¿Pa qué te has molestao?

CEL.—¡Tú, un pedazo de carne con ojos, y algo más! (*Señalando a Evarista.*)

ELOY.—¿Ese algo más qué quié decir?

GREG.—¡Déjele usté, se referirá al hueso!

CEL.—¡Y el chico, un poste del telégrafo en feria!

GREG.—To eso lo traerá usté apuntao, ¿no?

CEL.—¿Qué dice esta calcomanía de la miseria?

EVAR.—¡La verdad! ¡Tú crees o no, y con tu pan te lo comas! ¡Pero eso de que quiás darte postín con la falta de creencias de los demás... límpiate, que tiés huevo!... ¡Miá ahora el Robespierre éste, que cuando Eloy estuvo tan malito tó su afán era que si se moría le habíamos de enterrar en el cementerio civil; y en cambio él porque tuvo una pierna mala, se hizo socio de una hermandad para que le enterraran en San Lorenzo!

CEL.—¡Porque el cementerio civil está una legua!

GREG.—Claro, y pa un difunto es mucho andar.

CEL.—Bueno, pues vengo a daros dos noticias. Primera: que la Teresa al fin está...

GREG.—¡Oiga usté, no accione de esa manera; que está el chico delante.

CEL.—Bueno: pus que he encargao pa dentro de ocho meses un chico a la capital de Italia, u séase París. ¡No sea que se ruborice este zángano!

EVAR.—¡La que se ruborizará será la Geografía!

GREG.—¡La verdá es que se trae uste una jografía completamente anticlerical!

EVAR.—Bueno; ¿y la segunda noticia, qué es?

CEL.—Es pa éste. (*A Eloy.*) (Tengo que hablarte.)

ELOY.—¿A mí?

CEL.—¡Chiis, calla! (*A Ramoncito.*) Oye, monada. ¿Cuántos son los mandamientos?

RAM.—Pa mí, nueve... Ya sé que son diez, señor Gregorio; pero como yo me salto el sexto, pa mí como si no fueran más que nueve.

GREG.—¡Pues tié razón el chico!

EVAR.—Bueno, hasta luego, señor Gregorio, porque hoy comerá usted con nosotros.

GREG.—Con muchísimo gusto. Si usté se empeña...

EVAR.—Celedonio, hasta otro día; porque supongo que no estarás aquí pa cuando volvamos. (¡Más claro, agua!)

ELOY.—Andar con Dios. (*Vanse Evarista y Ramoncito.*)

CEL.—¡Eloy, hay cosas en este mundo que se hacen muy difíciles de decir!

ELOY.—¡Di lo que sea de una vez!

CEL.—¡Agárrate! (*Eloy y Gregorio cogen la taza del chocolate y beben.*) ¡La Evarista te engaña!

ELOY.—(*Tirando la taza del chocolate.*) ¡Mientes!

GREG.—¡Calumnia! (*Que tiene la boca llena de chocolate, y al hablar pone a Celedonio perdido.*)

CEL.—(*A Eloy, que se agarra a él como una fiera.*) ¡Oye, tú, agárrate a un muro! (Me ha puesto bueno el tío ése, el terno café.)

ELOY.—¡Di que mientes, Celedonio, porque si no rectificas ahora mismo esa infamia, permita Dios sea verdad lo que me has dicho si no te saco la lengua y te azoto con ella!

GREG.—¡Muy bien ese azote!

ELOY.—(*Pausa.*) ¡Yo te he creído siempre tonto; malo, no! Sé que envidiabas la felicidad de mi casa; felicidad que he sabido ganarme yo con mi honradez y mi carácter. ¡Porque hay temperamentos, como el tuyo, pa los que no pué haber felicidad! ¡Yo creo en to!... Y tú... no crees en na, Celedonio. ¡Yo creo en la alegría del vivir, en la honradez de las mujeres, en la amistad de los amigos, en lo sagrao del hogar, y tú...

CEL.—¡Mira, Eloy, yo no soy un canalla ni un bocón! Hace dos años sabía esto, y por la gloria de mi madre te juro que esta es la primera vez que salen de mi boca tales palabras; y si tú quieres, Eloy, esta es la última. ¿Lo quieres tú así? ¡Pues no se hable más de ello!

ELOY.—¡No, si ya sé que tú no eres malo ni haces las cosas a mal hacer! Lo que pasa es que te has engañao ¿verdá usté, señor Gregorio?

GREG.—Eso es, señor Eloy; que se ha engañao. Como el Celedonio piensa tan mal de to, ha visto la cosa más desinificante, y se ha dicho: "Ciertos son los toros." ¡Y no, señor Celedonio, ni embolaos siquiera!

CEL.—¡Bueno, pues óyelo, y luego tú clasificas la corrida como te parezca! ¡Hace dos años, el 14 de enero, a las siete de la tarde, estaba la Evarista con un chulo en el café de Peláez! Lo que hablaban era de interés; de eso te respondo. ¿Qué hacía allí la Evarista? ¡De eso ya no te respondo yo!

ELOY.—Te equivocaste; no era ella.

GREG.—¡No. era ella!

CEL.—¿Usté qué sabe? Era ella. Pero a pesar de lo mal pensao que soy, callé. ¡El 24 de marzo del siguiente año ví a la Evarista en la sacristía del café Mercantil, con el susodicho chulo...

ELOY.—¡Celedonio!

CEL.—¡Lo que hablaban era de interés; de eso te respondo! ¿Qué hacía allí la Evarista? ¡De eso ya no te respondo yo!

ELOY.—No, no pué ser... ¡Dios mío!...

GREG.—(¡Yo me he quedao paralítico!)

CEL.—Aún falta. Esta mañana paso por casa del señor Juan, y al pronto me pareció ver una cara que no me era desconocida. Me fijo... y ese hombre... ¡Miále! ¡Ese! (*Señalando hacia el foro en el momento que pasa el Persianas. Eloy va corriendo hacia la puerta, seguido de Celedonio, que lo detiene, quedando ambos en la puerta.*) ¡Ese es! Tiene de apodo el Persianas, según me he enterao! (*Se retiran y vuelven a primer término.*)

ELOY.—(*Adoptando una calma aparente.*) ¿Y qué? Sigue.

CEL.—Pasé a la taberna, pedí una copa, y oí al chulo estas palabras: "Esta noche, a las diez, desvalijo a un marido manso o le birlo la señora con tos sus ingredientes, poniéndole al marido el consiguiente *inri!* El que quiera verlo, a las diez, le invito a presenciar la evasión, u en su defecto el ingreso a metálico, a cambio de ciertas cartas comprometedoras, en los fonógrafos, Madrazo, 17, planta baja." ¡Esa mujer es la Evarista!

ELOY.—(*Con entereza.*) ¡No!

CEL.—¡Bueno; el chulo, ese que ha pasao, y la cabeza que se prepara pa ponerla al estilo de la de jabalí, la tuya!

ELOY.—¡Ya te he escuchao to, Celedonio! Ahora oye tú lo que yo pienso hacer. Esperaré a que den las once, y cuando ya no quede ni la menor duda de que mi mujer pueda salir, la diré: Evarista, esto y esto y esto me ha contao Celedonio.

CEL.—Pues me va a tomar un cariño loco.

ELOY.—Y ahora habla tú... (*Siguiendo su conversación.*) ¡Y verás cómo si hay algo... ¡No por donde tú te figuras; algo que... claro yo no sé ahora lo que podrá ser; pero de seguro lo que sí te respondo es que ese algo no rebaja, ni tanto así, la honra de mi mujer! (*Sentándose y quedando pensativo con la cabeza metida entre las manos.*)

GREG.—¡Y aquí hay un testigo! (*Guiñando un ojo. Está rebañando.*)

CEL.—(*Al verle guiñar.*) ¿Usted está en el secreto? (*Acercándose.*) Y ¿qué opina usted?

GREG.—Ni esto. Es un asunto puramente familiar, y yo un extraño fuera de las comidas. ¡Pero la historia esta me cuesta más trabajo de pasar que una cláusula de ricino de las grandes!

CEL.—¡Que usted se mejore!

GREG.—Gracias. Pero pa mí que esto del ojo no tié compostura.

CEL.—Te guardaré el secreto; ¡pero no andes a pelo por ahí! (*Vase.*)

GREG.—¡Chavó, la despedida ha sido en la misma cruz! ¡Que usted siga tan bueno pa seguir dando noticias tan halagadoras!

ELOY.—(*Levantando la cabeza.*) ¿Qué impresión ha sacao usté?

GREG.—La verdad, yo no lo creo.

ELOY.—Ni yo tampoco, señor Gregorio. ¡Pero póngase usté en mi caso!

GREG.—Muchas gracias. ¡Pero no hay necesidad!

ELOY.—Y ¿qué cree usté que debo de hacer?

GREG.—Que no debe desconfiar de la señá Evarista, pero debe usté darse una vuelta por el lugar de la cita, aunque no sea más que por seguir el consejo de Santo Tomáe. ¡Ese es mi pobre, pero mi honrado sentir! Deme un pitillo.

ELOY.—Los tengo ahí. (*Señalando la americana de Gregorio, pues antes se guardó la petaca.*)

GREG.—¡Tié usté razón! (*Saca y le ofrece uno, y dice que no. Se vuelve a guardar la petaca.*)

EVAR.—(*Entrando con Ramón.*) ¡Buenos días! (*Se la ve preocupada. Hace mutis para dejar el mantón.*)

RAM.—¡Vaya un día! (*Se refiere al dinero que le llevan dado.*) ¡Mire usté, padre! (*Enseñándole un duro.*)

ELOY.—¿Quién te ha dao eso?

EVAR.—(*Saliendo y queriendo cortar la conversación.*) ¡La Teresa, que la hemos encontrao en San Lorenzo!

RAM.—Madre, ¿quiere usté que me confiese mañana también?

GREG.—¡Si hicieran conmigo lo mismo, confesaba tos los días!

EVAR.—(*Preocupada y disponiéndose a quitar las jícaras de chocolate.*) ¡Ah! Oye. Eloy. Esta noche procuras cerrar un poco más tarde, porque tengo que hacer una cosa a las diez. (*Eloy deja caer los cestos.*)

ELOY.—¿Qué has dicho?

GREG.—(*Cayendo en el cesto de huevos, asustado.*) ¡No era de granito, era de hormigón armao! (*Telón.*)

CUADRO SEGUNDO

Escena dividida. A la derecha, sala donde se impresionan cilindros para fonógrafos. Por las paredes, fotografías de artistas, carteles y reclamos de la casa. En primer término derecha, una gran bocina empotrada en la pared, cubierta ésta, la pared, con una cortina, detrás de la que figura estar el aparato. En segundo término, una puerta pequeña. Sillas y un banco al fondo. Al foro, puerta. En el término izquierda, puerta que comunica con la otra parte de la escena. A la izquierda, despacho modesto, una mesa, alguna silla y puerta en segundo término izquierda. Don Pepe y cinco murguistas están impresionando un pasodoble.

PEPE.—(Sr. Peinador. *Saliendo.*) Bueno, y mañana dense ustedes una vueltecita por aquí, porque probablemente impresionaremos la Marcha de las Antorchas y unas fugas de Bach.

MURGUISTA 1.º—Y ¿no seremos pocos para la fuga?

PEPE.—¡Para una fuga, cuanto menos gente, mejor!

MURG. 1.º—Pues hasta mañana. (*Vanse.*)

PEPE.—¿Qué hay de eso del fonógrafo, Persianas?

PERSIANAS.—To arreglao. Ves estas cartas? (*Enseñándole un paquete.*) Pues antes de una hora las verás convertidas en un pápiro de veinte mosquitos, que es lo que me precisa pa recuperar el fonógrafo.

PEPE.—¿Son de esa mujer casada que según dices?...

PERS.—De una de ellas.

PEPE.—¡Como suerte, sí que tienes suerte con las mujeres!

PERS.—Eso dicen. Ahora que, créeme, soy un panoli. No sé aprovecharme de las circunstancias. Me repugna. ¡A quien se le diga que hace poco más de un mes he devuelto a otra señora, por la porquería de cincuenta duros, unas cartas en que se olía a la legua el adulterio! Ahora que lo que yo digo: primero está la dignidad.

PEPE.—Claro. Y ¿qué gente has contratao pa la juerga?

PERS.—Lo mejor en el género. ¡To lo más alegre y cañí. Por cierto que me voy a llegar en un salto a un recadito y de seguida vuelvo.

PEPE.—Oye, lo que tenéis que impresionar otra vez es la bronca.

PERS.—¿No ha salido?

PEPE.—¿Qué va a salir? ¡Ni aquello es bronca ni Cristo que lo fundó!

PERS.—Bueno; pues se impresiona otro, y en paz. Y si viene la interfecta..., a quien he citao aquí, porque si no van a concluir por conocerme en tós los cafeses, la dices que aguarde, porque es la de la luz. (*Vase.*)

SORDO.—(Sr. Castro.) ¿Hay permiso?

PEPE.—Adelante.

SORDO.—¿Que me aguante?

PEPE.—Que pase usté, amigo.

SORDO.—¿Eh? (*Pepe se dirige hacia él y le pasa.*) Gracias.

PEPE.—¿Qué quería?

SORDO.—¿Cómo?

PEPE.—¿Que a qué viene usté aquí?

SORDO.—¡De juerga! A la juerga esa del fonógrafo. Me ha mandao venir el Persianas.

PEPE.—¡Qué barbaridad! ¡Está usté bueno pa una juerga!

SORDO.—¿Es que los sordos no podemos ir de juerga?

PEPE.—¡Bueno, hombre, bueno: siéntese usted aquí! (*En el banco.*)

SORDO.—Bueno. Haré lo que hagan los demás.

PEPE.—Y no se le ocurra a usted quitar el paño, ni hablar fuerte cerca del aparato, que hay puesto un disco y eso cuesta mucho dinero. (*Vase.*)

GREG.—(*Saliendo.*) Las últimas palabras del señor Eloy al mandarme aquí de espía, han sido: "¡Vigilancia y discreción! ¡En sus manos de usté deposito mi honra, señor Gregorio, a ver qué hace usté con ella!" Y la verdad es que no sé qué hacer!

SORDO.—Qué, ¿viene usté a la juerga?

GREG.—¡Pa juergas estoy yo! No, señor. Primero, que no tengo edad, y después que vengo a un asunto íntimo privao, pa el que toda discreción es poca, y del que no puedo decirle a usté ni una monosílaba. ¡Y no me pregunte más! (*Pausa.*) Se le agradece la discreción de no seguir preguntando. (*Dándole la mano.*) ¿Qué tal?...

SORDO.—¡Ah! Bien, ¿y usté?

GREG.—¡Arrea, pero si es teniente! (*Se acerca a la bocina y tira del paño.*) Miá que es curioso esto, ¿eh? No hay más que colocar un disco en el aparato y to lo que se dice aquí se graba. ¡Y que queda grabao pa siempre! (*Acercando la cabeza.*) ¡Gregorio! (*Se ríe.*) ¡Es un invento morrocotudo! (*El sordo se ha dormido.*) ¡Gregorio!... ¡Precioso!... Pues si hubiá disco se había grabao to eso! Y que se había grabao pa una eternidad.

PEPE.—(*Que sale de su despacho.*) ¡Muy buenas! ¿Qué deseaba?

GREG.—Misté, como desear... Yo vengo aquí por...

PEPE.—Me supongo que usted vendrá por el Persianas, ¿no?

GREG.—(¡Gachó, vaya un ojo!) Sí, señor; esazto.

PEPE.—Bueno; pues quédese usted a la juerga, ¿no?

GREG.—Hombre, se lo agradezco mucho, pero...

PEPE.—No, si no es obligatorio.

GREG.—No, si ya lo comprendo, claro. En fin, me quedaré. Y muchísimas gracias. (Siempre se comerá algo, digo yo.)

PEPE.—Pero no puedo darle a usté más que dos pesetas.

GREG.—¿Eh?... (¿Dos pesetas encima?) La verdad, me parece abusar...

PEPE.—Si le conviene a usted, bueno, y si no, tan amigos.

GREG.—¡Hombre, no me ha de convenir! (¡Como que es una ganga!)

PEPE.—(*Al hacer mutis por la derecha.*) ¡Ah! Y le advierto a usted no se le vaya a ocurrir hablar cerca de la bocina, porque hay puesto un disco!

GREG.—(*Anonadado.*) ¿Que hay puesto un disco?

PEPE.—Sí, señor. ¡Y que cuesta unos cientos de pesetas! (*Vase.*)

GREG.—¡Ya no se me ocurre! ¡Me veo en presidio!

NIÑO ALEGRIAS.—(*Saliendo.*) Buenas noches, compare. (*Un ronquido.*) ¿Eh? (*Al volver la cabeza.*) ¡Ay, ay! (*Está lleno de diviesos.*)

GREG.—El amigo dormita.

ALEGRIA DEL BARRIO.—(Srta. M. Aguila. *Saliendo, agitanada.*) Hola, Frasquito. ¿Vienes a la juerga, hijo?

N. ALEG.—Sí. ¡Ay, ay!

ALEG.—También yo.

ALEG.—Se les saluda a ustés. (*Otro ronquido.*)

GREG.—Se la contesta. ¿De modo que ustés también están invitaos?

ALEG.—(*Suspirando.*) Sí, señó.

N. ALEG.—¡Ya he sabío la muerte der pobre Tomás!

ALEG.—(*Rompiendo a llorar con gran desconsuelo.*) ¡No me lo recuerdes! ¡Hijo de mi arma! ¡Qué muerte más perra tuvo! ¡Con lo gordo que estaba, me lo piyó un aurtomovi y me lo dejó como una oblea!

GREG.—(¡Reconcho, qué conversacioncita pa una juerga!)

NIÑO DE LOS TIENTOS.—(*Saliendo con una guitarra.*) ¡Josú! ¡Traigo un dolor de muela! ¡Uf!

N. ALEG.—¡Ay!

N. TIEN.—¿Pasa argo? ¿Tú qué tiene?

N. ALEG.—¡Na má que siete divieso, que están madurando tóos a un tiempo!... ¡Ay!..., y er mardito reúma.

VIUDA.—(*Saliendo.*) ¡Soleá! (*Se abrazan efusivamente. Los otros dos se quejan y el Sordo ronca.*) Ya he sabío lo que ha hecho con tu pobre Tomás un automóvil.

ALEG.—¡Pobresito mío! ¿Y Pepiyo?

VIUDA.—¿No sabe?... ¡Se me ahogó en er Jarama!

GREG.—(¡Demonio! ¡Esta gente es más desgraciada que yo!)

PEPE.—(*Saliendo por la derecha y contemplando aquel cuadro de desolación.*) (¿Pasará algo?) Pero, bueno; ¿ustedes son?...

GREG.—Los de la juerga.

N. ALEG.—Sí, señor. ¡Ay!

VIUDA.—¡Pepiyo de mi corasón! (*Alegría del Barrio gime y llora.*)

N. TIEN.—(*Que pasea.*) ¡Uf!

PEPE.—(*Como el que ve visiones.*) ¿Los de la juerga? (*A Gregorio.*) ¿Qué le parece a usted? (¡Digo, y allí está el otro juerguista!) Bueno; pues si les parece a ustedes, vamos a empezar con la juerga.

N. ALEG.—Cuando usté guste.

PEPE.—¡Eh, amigo juerguista!

GREG.—¡Ah! ¿Pero ése también viene a la juerga?

PEPE.—Haga usted el favor de llamarle. (*Vase derecha.*)

GREG.—¡Eh, juerguista, señor juerguista!

SORDO.—¿Ha empezao ya la juerga?

GREG.—Sí, hombre, sí. Se va usté a divertir mucho. Estará usté en su elemento. Como que se trata de una juerga sorda. (*Toman posiciones. El Sordo se sienta lo más cerca posible de la bocina y tira el paño.*)

PEPE.—(*Dentro.*) ¿Quién ha tirado del paño?

GREG.—El Sordo. (Que no oye.)

PEPE.—Pues ha hecho una gracia el que sea. ¡Ha estropeao un cilindro! (*Saliendo.*) Cuando ustedes gusten. "Una juerga en un patio andaluz, por la gente más alegre y cañí de Sevilla." (*Mirando a la bocina. Vase al despacho. Número de música para impresionar el disco. El Sordo se duerme como un bendito, roncando como en la cama.*)

N. ALEG.—(*A don Pepe, que sale por la izquierda.*) ¿Manda usté argo?

PEPE.—Nada. Yo me entenderé con el Persianas. (*Hacen mutis La Ale-*

gría del Barrio, La Viuda Alegre, el Niño de las Alegrías y el Niño de los Tientos por el foro. Don Pepe pasa a la izquierda.)

GREG.—¡Bueno; pues esto está visto. Lo de la señá Evarista ha sío un infundio que nos ha colocao el ateo del señor Celedonio!

CEL.—¡Aquí estamos! (*Entrando con Eloy.*)

ELOY.—¿Qué hay?

GREG.—Ni esto. ¡Pero, señor Eloy! ¡Lleva usted una cara que va usté diciendo a gritos lo que le ocurre!

ELOY.—¿Y qué cara quié usté que lleve? ¡Si esto pa mí es como al que le llevan al matadero!

GREG.—¡La verdad es que podía usted haber buscado otro símil, señor Eloy!

ELOY.—Bueno, vamos pa acá y vigilaremos. (*Pásase al despacho. Pepe escribe.*)

GREG.—¡Muy buenas las tenga usté, señor escribiente!

PEPE.—Buenas noches.

CEL.—Caballero, nosotros...

PEPE.—¡Ah! Ustedes son los de la bronca, ¿no?

GREG.—(¡Repollo!) Sí, señor; los de la bronca.

PEPE.—Pues el Persianas no ha venío todavía. Pero en cuanto venga...

GREG.—¡En cuanto venga, se arma! (Este tío lo sabe todo.)

PEPE.—Sentarse. En seguida soy con ustedes. (*Pasa a la derecha y mira al interior desde la puerta del foro.*) ¡Vamos, hombre, Persianas, que te estamos esperando!

PERS.—(*Saliendo por el foro.*) ¿No ha venido ésa?

PEPE.—Todavía no. No han venido más que los de la bronca. (*Vanse el Persianas y don Pepe por la puerta pequeña del término derecha.*)

ELOY.—Faltan dos segundos... Uno... ¡No viene!

GREG.—¿Lo está usté viendo?

ELOY.—¡Y ahora, por calumniador! (*Amenazándole. El Sordo juerguista, que se despierta cuando se indique, durmiendo donde se quedó durante la juerga. El señor Eloy, el señor Gregorio y Celedonio, espiando desde la puerta del despacho, donde se encuentran, pasando a la derecha cuando se diga; la señá Evarista, por el foro; don Pepe, por la derecha, y en seguida el Persianas, por el mismo lado.*)

EVAR.—(*Saliendo.*) Buenas noches.

CEL.—Ahí está; miála.

ELOY.—¡Jesús!

GREG.—¡El caos!

PEPE.—(*Saliendo.*) Cuando ustedes quieran. (*Dice esto desde el medio de escena, pues lo mismo se dirige a los del despacho que al Persianas, que se encuentra en otra habitación opuesta. Se acerca a la bocina.*) "Bronca sorprendida en un café cantante e impresionada por esta casa." (*Se dirige al despacho.*) Vamos, vamos; no perdamos tiempo. (*Don Pepe la emprende a empujones con Gregorio, Eloy y Celedonio, para que salgan a la sala de impresionar.*)

EVAR.—(*Al ver salir al Persianas, por la derecha.*) ¡Ea, ahí tiene usté las cien pesetas, y vengan esas cartas!

ELOY.—¡Vengan acá! ¡Tío ladrón! (*Saliendo del despacho.*)

EVAR.—¡Eloy!

PEPE.—¡Más voces! ¡Más voces! (*Desde su despacho.*)

ELOY.—¡Tenga usté! ¡Canalla! (*Enredándose a bofetadas con él.*)

SORDO.—¡Caray, están en la bronca! ¡Sinvergüenza! ¡Granuja! ¡Bocón! (*Dándole en la espalda, y dando él palmadas para imitar las bofetadas.*)

PEPE.—¡Bien, eso va muy bien!

ELOY.—¡Esas cartas! (*Le da una bofetada. El Sordo da palmadas. El Persianas le da una bofetada al Sordo y éste a Celedonio.*)

PERS.—¡Pero, señores! (*Gritos, palmadas, voces... un gran escándalo.*)

PEPE.—¡Muy bien!

ELOY.—¡Todo ha terminado entre nosotros! (*Mutis de Eloy y Celedonio.*)

EVAR.—¡Eloy, por la salú de nuestro hijo! (*El Sordo continúa dando voces y palmadas, pero como lo hace él sólo se oyen débilmente.*)

PEPE.—(*Saliendo de su despacho, dando gritos y palmadas, y dirigiéndose hacia el foro en busca de Eloy y Celedonio, que han hecho mutis.*) ¡Más ruido! ¡Más ruido! ¡Que son pocas las bofetadas!

EVAR.—¡Eloy! ¡Eloy! ¡Me dejan tos!

GREG.—¡Menos yo; que ca vez la veo a usté más granítica! (*Pepe, accionando y gesticulando mucho, se acerca al Persianas, quedando los dos juntos cerca de la bocina. El Sordo continúa aplaudiendo y dando gritos, pues aún no ha terminado el cilindro.*)

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Telón de calle. A la derecha, calle; a la izquierda, tienda que tiene cerradas sus puertas y un letrero encima que dice: "Despacho de huevos frescos." Un balcón, más bien medio, de los que se ven con frecuencia encima de algunos comercios.

EVAR.—¡Qué noche, qué noche, señor Gregorio!

GREG.—(*Sentándose en el quicio de una puerta.*) ¡Yo no puedo más, señá Evarista! ¡Toa la noche andando! ¡Lo único que necesitaban estas botas!

EVAR.—Pues se conoce que toavía no ha venido. (*Llama.*) ¡Ramoncito!

GREG.—Y después el ojo, con el frío, se me ha puesto como un globo.

RAM.—(*Dentro.*) Hoy no se despacha.

EVAR.—Hijo, Ramoncito, que soy yo.

GREG.—Que semos nosotros.

RAM.—(*Saliendo al balcón.*) ¿Usté madre? Pues no pueo abrir, porque padre se ha llevao la llave.

GREG.—¡Pues van a dar las diez y estamos todavía en ayunas!

RAM.—Pues esperen ustés.

EVAR.—Pero, hijo, Ramón. ¿Dónde vas?

RAM.—(*Saliendo otra vez.*) Ponga usté el delantal, y usté el sombrero.

EVAR.—Pero, ¿qué nos vas a dar?

RAM.—Huevos. Anden ustés. (*Tirando huevos.*)

EVAR.—Basta, hijo, basta, que vas a terminar con el establecimiento. ¡Pobre alma mía! ¡Acuéstate otra vez, no te constipes, que tu padre ya pué tardar poco. (*Entrase Ramón. Pausa. Medio llorando.*) ¡Me ha resultao la combina que ni pintá!

GREG.—¡Pues ande usté, que a mí!...

EVAR.—Pero ¿quién me iba a decir que porque a mi prima Teresa, en uno de esos días en que se está desocupá, se le ocurriera hacer picadillo con la vergüenza, iba a cargar yo con el adulterio?

GREG.—¡Y entoavía dice el señor Celedonio que el primero en enterarse es el marido! ¡Lo van a saber antes en Costantinopla que él!

EVAR.—¡Pues y el señor Eloy, mi socio vitalicio, que se me pone en

competencia con el Otelo, y me deja en aquella maldita casa como un guiñapo, pa que tos me dieran con el pie!... ¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! Tos me señalaban con el dedo y decían: "¡Cuidado que nos ha salío revoltosa la huevera!" ¡Por supuesto, que al sordo le he dejao un ojo como una caja de betún!

GREG.—Ya lo vi. ¡Hacía pendantif con el mío!

EVAR.—¡No me dice entoavía el muy ladrón, muy contento!: "Qué bien nos ha resultao la bronca, ¿verdá?"

GREG.—¡Pues yo le he dao una patá que... que por poco pierdo la puntera!

EVAR.—Y ¡cómo se ha puesto Eloy, con lo bueno que es y con lo que me quiere! ¡Parece mentira!

GREG.—¡Caray, señá Evarista! Cualquiera que se ponga en su caso, se está viendo retratao en *El Enano;* con el nombre y las señas correspondientes. ¡Y menos mal que, al fin y al cabo, to quedará reducido a una mala noche! Porque ahora, lo que debemos hacer, es irnos a buscar a la señá Teresa, y que ella sea la que diga al señor Eloy toa la verdá.

EVAR.—Le tengo a usté miedo, señor Gregorio. ¡Idea que a usté se le ocurra!... Pero en ésta tié usté razón; andando. (*Vanse.*)

CEL.—(*Por el otro lado, con Eloy.*) ¿Has reflexionao lo que te he dicho?

ELOY.—¿No tiés que hacer na por la mañana, Celedonio?

CEL.—Ni te ocupes. En estas ocasiones se deja too. Y perdona que te repita el disco. ¿Qué es lo que piensas hacer?

ELOY.—No lo sé.

CEL.—¡Recuerno!... ¡Perdona. Eloy, que se me ha escapao! Pues tu situación no pué estar más clara. En un caso así, la sociedad lo dice: ¡Se mata a la adúltera!

ELOY.—(*Amenazador.*) ¿Que la mate?

CEL.—¡Oye, que es la sociedá la que lo dice!

ELOY.—Pero la sociedá dice eso, Celedonio, porque con la vida de esa mujer no pierde na, ¡y yo pierdo lo que más quiero en el mundo, y mi hijo pierde a su madre! ¡Déjela, y que la mate el remordimiento!

CEL.—¡Con ese procedimiento, que se suprima la Guardia civil y deja que a los ladrones los mate el remordimiento!

ELOY.—No: mi determinación está ya tomada. ¡Las puertas de esta casa, que era la casa de la dicha, no se abrirán jamás para esa mujer! ¡Y si no estáis conformes vosotros, los que formáis la sociedá, sólo pido a Dios que os enamoréis de una mujer como yo me enamoré de la mía, y que luego os engañe! ¡Y si sois hombres, probad a matarla!

CEL.—(*Con el mismo tono.*) ¡Y que Dios haga que no se realice tu petición, porque se las trae!

ELOY.—¡No la matarías! Un hombre que quiere a una mujer no la mata. ¡Matan los bestias!

CEL.—¡Enmudece, que ahí tiés a la adúltera!

GREG.—(*Saliendo con Evarista y Teresa.*) Muy buenos días nos dé Dios. ¡Anda, el... (*Riéndose de Celedonio.*)

TER.—(*A Evarista.*) (No me pierdas.)

ELOY.—(¿Pa qué vendrá?)

EVAR.—¡Pero Eloy, miá que pasar toa la noche por ahí con el reúma que tienes, y lo mal que te sienta el relente!

GREG.—(Es tóo corazón. Se acuerda hasta del reúma.)

ELOY.—¿A qué has venido, Evarista?

EVAR.—¡Anda, Dios, a acostarme!

GREG.—¡Que buena falta nos hace, señor Eloy!

CEL.—¡Echa...!

EVAR.—¡Echa... te tú un candao en la boca y calla, Celedonio!

CEL.—(*A Eloy.*) (No te dejes engañar.) ¡Antes, un momento, y no te ofendas, Eloy! (*A su mujer.*) ¿Me quiés decir con qué permiso te ajuntas con cierta clase de mujeres? ¡To se pega menos la hermosura, y el adulterio es más contagioso que el cólera!

GREG.—(*Riendo.*) Pero hombre, si precisamente...

EVAR.—¡Usté se calla!... Tié razón el señor. ¡Sepárate, Teresa, que pué haber contagio! ¡Las mujeres decentes siempre tién que perder!

CEL.—(*Molesto por la insistente risa de Gregorio.*) Pero oiga usté, amigo: ¿Es que tengo cosas en la cara?

GREG.—En la cara, no, señor... en...

TER.—(*Aparte.*) (¡Señor Gregorio!)

EVAR.—Tú ya me ves, tan tranquila, Eloy. ¡De lo que digan los demás, hago tanto caso como de to lo que diga la caricatura esta de Robespierre!

CEL.—La sociedad habla por mi boca.

GREG.—Anda, y la sociedad, ¿qué es?

CEL.—Hombre, señor Gregorio, la sociedá la formamos éste, ése, yo...

GREG.—¡Pues así está ella! Porque, ¿quién me dice a mí, señor Celedonio, que éste, ése y usté, como usté dice, que piden poco menos que la pena de garrote pa la señá Evarista, no son los que en realidá se encuentran en ese caso tan poco halagüeño, en el que le creen colocao al señor Eloy?

CEL.—¡Pare usté el carro! De éste y de ése, bueno va. Hable usté lo que se le ocurra, pero de mí... ¡Cuidao con las extralimitaciones!... ¡A Celedonio Picavea jamás le engañarán; en buena hora lo diga!

GREG.—(A buena hora lo dices.)

EVAR.—Bueno, al grano. Aquí, el único que tié que hablar eres tú, Eloy. Es decir, la que tié que hablar primero soy yo; pero para ello te vuelvo a repetir que me precisa que se marche Celedonio.

TER.—(¡Gracias!)

CEL.—Lo que diga éste.

EVAR.—¡Ah! Pero ¿es que tú te quiés quedar, monada? Pues quédate.

GREG.—Quédese usté, que se va usté a divertir mucho, señor Celedonio.

EVAR.—Bueno. Pues oye... (*Dispuesta a decirlo todo.*)

TER.—(*A Evarista.*) (¡Por tu hijo, Evarista, no me pierdas!)

EVAR.—(*Arrepintiéndose.*) ¡Primero te diré que me ha dolido tu conducta! ¡Y me ha dolido por tos conceptos! Porque, anda que me he llevao una noche haciendo competencia a los serenos, pero te la perdono, Eloy, porque sé que to lo que te sobra de bueno te falta de listo!

GREG.—Pa ser huevero no es menester haber descubierto la pólvora.

EVAR.—Y pa ser bueno, con tener corazón basta, y éste le tiene de un tamaño más que natural. ¡Tú me recogiste, como quien dice, del arroyo! ¡A dos dedos estaba de pedir limosna! Bueno, yo digo dos dedos, pero quitemos los dos dedos.

ELOY.—Yo no buscaba agradecimiento en ti, Evarista; buscaba...,

GREG.—¡Claro, lo que buscaba usté, se supone!...

ELOY.—¡Buscaba cariño!

EVAR.—Pero ¡so boceras! Y ¿qué es lo que yo te di? ¡Pues una pequeñez! ¡Mi cariño pa siempre..., y de propina, a Ramoncito!

CEL.—(¿Qué se traerá embotellao?)

EVAR.—¡Lo que anoche hiciste es natural!

GREG.—¡Un santo se escama, y con razón, señor Eloy! (*Guiñando.*)

CEL.—(¡Qué tío ladrón, y por detrás me guiña el ojo!)

EVAR.—¡Pero un hombre, no siendo como esto de bruto, pregunta, oye, y no se deja llevar por las apariencias. Esas cartas...

CEL.—(*A Eloy.*) Te va a decir que no son suyas.

EVAR.—¡Esas cartas no eran mías!

CEL.—(*A Eloy.*) ¿Lo ves?

ELOY.—(*A Celedonio.*) (Tiés razón.) Calla, Evarista, calla. ¡Te perdono, y ojalá pudiera olvidar también!

EVAR.— Pero, Eloy... Pero, ¿ves Teresa? ¿Usté ve, señor Gregorio?

TER.—(*A Eloy.*) (¡No, no eran suyas, Eloy!)

ELOY.—(*A Teresa.*) ¡Gracias, Teresa, por el bien que quiés hacerme!

EVAR.—Díselo tú, Teresa, dile que no eran mías, dile!...

CEL.—¿Y la Teresa qué sabe?

EVAR.—Pues porque lo sabe, se lo digo. ¡Porque esas cartas!...

ELOY.—Calla, Evarista, calla; ya me lo ha dicho, y Dios se lo pague. ¡Pero yo que nunca te he engañao no quiero engañarte tampoco ahora. Pué que no sean tuyas; pero pa que vuelva contigo otra vez la dicha a esta casa!... ¡Necesito ver esas cartas!

EVAR.—¡Pero Eloy!...

ELOY.—¡Basta! Esta es mi última resolución.

EVAR.—¿Tu última determinación?

ELOY.—Lo juro.

EVAR.—¡Abre!

CEL.—(*Aparte a Eloy.*) (¡No abras, que esa es capaz de quedarse!)

EVAR.—¡Ramoncito, Ramoncito, sal!

RAM.—¡Madre!

EVAR.—¡Hijo! Ramoncito, por cosas que a ti no te importan, tu padre y yo nos vamos a separar unos días. ¡Sí, Celedonio, por unos días na más! ¡Porque las cartas, yo tendré el gusto de leértelas!

CEL.—El gusto será el mío.

GREG.—¡Pué que no!

ELOY.—¡Evarista, he adivinao lo que quiés hacer... y eso no! ¡De esta casa, de donde te llevas la alegría, te lo pues llevar to! ¿Me entiendes?

EVAR.—Sí, Eloy, te entiendo. ¡A mí no me cuesta tanto trabajo entender!

ELOY.—Bueno, pues llévatelo to, y déjame al chico.

EVAR.—Eso, el chico lo decidirá.

RAM.—Y, ¿ande va usté, madre?

ELOY.—Eso, ¿ande?

CEL.—(*Aparte a Eloy.*) ¡Tú, calla!

EVAR.—Hijo, pa no engañarte, te diré que no lo sé. Ahora que tú elegirás con quien quiés irte. Aquí con tu padre, o con tu madre... Elige.

ELOY.—¡Conmigo, hijo!

EVAR.—¡Ramoncito, con tu madre!

GREG.—¡Sí que es peliagudo el conflicto!

EVAR.—Tú verás. Hasta la vuelta. Adiós. (*Hace mutis.*)

TER.—¡Evarista!

ELOY.—¡Evarista!

CEL.—¡Calla! (*Poniéndole la mano en la boca.*)

TER.—Créela, Eloy, créela; no eran suyas.

GREG.—¡Que le va a usted a pesar, señor Eloy!

ELOY.—Se ha ido. ¡Ramón, hijo mío!

RAM.—¡Madre! (*Saliendo escapado en busca de su madre.*)

EVAR.—¡Hijo de mi alma! (*Dentro.*)

CEL.—¡Y tú ven a mi seno, Teresa! ¡Y que los hombres seamos tan pri-

mos que no sepamos estimar en lo que vale la honradez de la mujer que nos ha tocao en suerte! ¡Qué feliz soy! (*Abrazándola.*)

GREG.—¡Señá Evarista! ¡No vayan ustés tan corriendo, que no pueo dar un paso con las botas nuevas! (*Telón.*)

CUADRO SEGUNDO

Telón corto, qué representa la fachada del Refugio, con puerta practicable al foro. Derecha e izquierda, calle. A la puerta del Refugio, por este orden: EL PRINGOSO, una CAMINANTE, MESIÉ PILLÉ, un MENDIGO de profesión y EL NEGRETE y GOLFOS 1.º, 2.º, 3.º y 4.º Luego, un GUARDIA. La cola figura perderse en la calle.

MESIE.—Y ¿por qué te vas al Asilo de Santa Ana?

NEGRETE.—¡Ni atao! ¡Allí no se pué ir, que va mu mala gente!

MENDIGO.—¡En eso tié razón! ¡Y hay mucha miseria! (*Negrete, al ver salir a un guardia, se le acerca y le guiña un ojo significativamente.*)

GUARDIA.—¡Ah! ¿Eres un confidente? ¿Qué hay?

NEG.—¡Na de particular!

GUAR.—¿Y qué gente tenemos por aquí?

NEG.—La de ordinario, Aquí viene mu buena gente.

GUAR.—Bueno, pues mucho ojo y...

NEG.—¡Descuide usté, no se me escapa ni una rata! Vaya usté con Dios.

EVAR.—(*Sale con Gregorio.*) ¿Qué ha hecho usté de Ramoncito?

GREG.—Ha ido a poner en práctica una idea salvadora, que se me ocurrió así de pronto.

EVAR.—¿Una idea salvadora a usté? ¡Dios nos tenga de su mano!

GREG.—Alguna vez acertaré en mi vida.

EVAR.—¡Acuérdese usté del Persianas! Usté tenía la idea definitivamente salvadora pa arreglarlo to, y no ha hecho usté más que empeorar la situación.

GREG.—Al chico le he mandao a casa del Persianas pa que le diga lo que sigue: "¡Señor de Persianas! Estamos muy mal! ¡Nos encontramos en la calle, el señor Gregorio, mi madre y yo, y llevamos dos días de rigurosa dieta! ¡Usté tié en su mano el levantarnos esa dieta! Hágalo usté, no por el señor Gregorio, que ya está acostumbrao, sino por mi madre, que está anémica, y por mí, que soy un párvulo." Si el tío se niega, que es lo probable, a que quebrantemos el ayuno, le dije: Tú entonces te levantas y le dices, cambiando de tono: "¡Es usté un granuja, y un canalla! Y cuando sea hombre le voy a mascar la nuez." ¿Qué tal?

EVAR.—¡Dios mío de mi alma, qué paliza se ha ganao mi hijo por culpa de usté! ¡Si ya me chocaba a mí! ¡Si a usté no se le pué ocurrir idea buena! ¿Y qué dinero le queda a usté?

GREG.—Así al pronto, me paece que nada.

EVAR.—Debe a usté quedarle una perra, con la que pienso comprarle un panecillo a Ramoncito.

GREG.—Pues que Ramoncito perdone; pero me parece que he vuelto a meter le pata; porque con la última perra que nos quedaba he comprao un diario pa cortar el cupón; que los runo.

EVAR.—¡Quítese usté de mi vista, señor Gregorio! ¡Me voy, me voy a San Ildefonso por no ahogarle! (*Marcando el mutis.*)

GREG.—Tengo una idea que nos dará dinero.

EVAR.—(*Haciendo mutis.*) ¡A ver si es una idea que nos lleva a presidio!

GREG.—Se me ha ocurrido una idea, verdaderamente salvadora pa arreglarle el conflicto a esta mujer... ¡Pues que he hecho correr rumores de

que ando guillao por la señá Evarista; y que Dios me perdone esta calumnia; rumores que habrán llegao a los auditivos del señor Eloy, pa que la busque y la recoja en unión del retoño, si es que no ha fenecido aplastao por un automóvil, como el marido de aquella señora triste, y que luego después de aclarao to me recogerá a mí por agradecimiento, y se harán cuenta que tién dos gatos en casa. Me paece que la idea es de las que no marran. ¡Se saluda a la concurrencia!

TODOS.—¡Señor Gregorio! (*Todos le dan la mano.*)

GREG.—¿Qué, no habría medio de organizar unas luchas griegas? (¡Esta es la idea metálica que nunca me ha fallao!) Hay contrincante.

NEG.—¡Por mí, ya es! (*Dirigiéndose a la derecha.*) ¡Ninchis; que hay luchas griegas!

GREG.—(¡Salvaos!) Pues anuncia.

MESIE.—"El conocido luchador señor Gregorio, peón de peso, desafía, ateniéndose en un todo al reglamento, a tos los luchadores nacionales y extranjeros aquí presentes."

NEG.—Aceto el reto.

MESIE.—Puen empezar las apuestas.

MEND.—Yo elijo al señor Gregorio y me juego dos pesetas por él. (*Todos los que están en la cola se acercan a Mesié Pillé y le dan dinero.*)

NEG.—(*A Gregorio.*) Supongo que las condiciones...

GREG.—Las de ordinario. Lo que se saque, nos lo repartimos entre los dos luchadores y el árbitro.

MESIE.—Total: Diez veinticinco.

(*Número de música y lucha, de la que sale vencido el señor Gregorio por el Negrete, y armándose la bronca padre entre el auditorio. Mientras los perjudicados gritan, los luchadores y el árbitro se han repartido el dinero. Batalla campal. Los mamporros a perra gorda, seguidos de frases adecuadas al acto. Se encuentra en su apogeo el combate cuando surge la figura de un guardia..., y vamos a otra cosa. Deshace el guardia a punteras los compactos grupos, huyendo el Pringoso, los cuatro golfos y el Negrete por la derecha; el Mendigo se queda en su puesto, y el guardia, triunfador, queda en escena de brazos cruzados y retando con la mirada a los valientes. El señor Gregorio, en un extremo del primer término izquierda, cuenta sonriente sus ganancias.*)

GUAR.—¿Y por qué no lucháis conmigo, luchadores griegos rúmanos?

GREG.—Porque usté tié campeonato y el cinturón de oro.

GUAR.—¿Qué ha ocurrido aquí?

MEND.—¡Pos misté, este tío sinvergüenza que nos ha estafao!

GUAR.—¿Ande está el dinero?

GREG.—(*Dándoselo.*) ¡Aquí!

GUAR.—Bueno. Pues arree usté pa alante.

GREG.—(¡Una idea salvadora. Señor!)

GUAR.—(*Sacando la cuerda.*) ¡Habrá que atarle!

GREG.—¡No, no se moleste usté, que no soy el chucho! ¡Pero le advierto, intransigente orden público, que yo!... (*Guiña el ojo como de costumbre.*)

GUAR.—(*Suspendiendo los preliminares.*) ¡Ah! ¿Pero usté? (*Gregorio guiña el ojo inconscientemente.*) ¡Acabáramos! ¿Y pa qué no lo ha dicho antes?

GREG.—¿Yo? (¡Pero si yo no he dicho na!)

GUAR.—Usté que debía dar ejemplo... En fin, pásese luego por la prevención y le devolveré el dinero. ¿Supongo que no me habrá usté engañao? (*Gregorio está como el que ve visiones.*) ¡El hombre se ha explicao, y lo hecho está amparao por el Código! (*Protestas.*) ¡Si alguno no está conforme, que apele al Supremo! (*Le hace una seña a Gregorio y vase.*)

GREG.—¡Misterio! Pero la única vez que he acertao, es cuando no se me ha ocurrido nada. (*Todos los que estaban en la cola vuelven a su puesto al hacer mutis el guardia.*)

GREG.—¡Releñe! La señá Evarista y el chico sin parecer! ¡Me monda! Pero yo paro el golpe. Tranquilícese usté, que hay noticias halagadoras!

EVAR.—(*Saliendo.*) Pero, qué dice usté?, ¿y el chico?

GREG.—Entero. Antes de cinco minutos me le veo de venir con los bolsillos llenos de cartas. ¡Digo!, y ahí le tié usté.

EVAR.—(*Corriendo a su encuentro.*) Ramón, hijo, ¿qué? ¿Te ha pegao?

RAM.—¡Una de capones y de patás!...

GREG.—¿Y no te ha dao las cartas?

RAM.—¡Si dice que eso quien tiene que reclamarlo no es mi madre, sino la interesá! (*Evarista le va a dar un beso.*) ¡Ay!

EVAR.—Pero si me lo ha puesto como una breva. ¡Conque iba a traer los bolsillos llenos de cartas!, ¿eh?

GREG.—Me he equivocao; los ha traído llenos de golpes.

EVAR.—¿Y ahora qué hago yo con usté, señor Gregorio?

GREG.—¿Pero tú le dijiste lo que yo te había dicho?

RAM.—Sí, señor, y cuando le dije que si nos levantaba el ayuno, me respondió que eso no era cosa suya, que se lo pidiéramos al Papa.

GREG.—¿Y cuándo empezó el osequio?

RAM.—¡Cuando le llamé canalla!

EVAR.—¡Naturalmente!

RAM.—¡Y yo le dije que se lo llamaba, porque me lo había usté mandao!

GREG.—¡Reconcho!

RAM.—Y él entonces me dejó de pegar, y agregó: ¡Comunícale a ese espanta gorriones que ande lo encuentre lo mato!

GREG.—¡También tú pudiste decirle que te lo había dicho la estatua de don Gonzalo, que es de berroqueña!

EVAR.—Bueno, ¿y qué hacemos hoy?

GREG.—Pues yo creo, señá Evarista, que como el Hotel Ritz nos pilla muy largo, nos debíamos quedar aquí.

EVAR.—¿En el Refugio?... No, señor Gregorio, no.

GREG.—¡Usté raciocinie que llevamos cuasi dos días con un melocotón, y que a mí me tocó el hueso!

EVAR.—¡Pero esto es lo último! (*Llorando. Imponiéndose a las circunstancias.*) ¡En, fin, tié usté razón! ¡Que más da! (*Acercándose.*) Buenas tardes tengan ustés. ¿Están ustedes bien?

MEND.—Bien, ¿y usted, señora?

EVAR.—¡Ven, hijo, ven aquí con estos caballeros! (*Al niño que se ha quedado con el señor Gregorio. Evarista se ha puesto la primera.*)

GREG.—(*Figurándose lo que se avecina.*) ¡Señá Evarista!

MEND.—¡Fuera!

TODOS.—¡Fuera, fuera!... (*Gregorio la llama.*)

EVAR.—¡Anda, pues no les he gustao!

PRINGOSO.—¡Que haga cola, como la hacemos los demás!

TODOS.—¡Eso, que haga cola!

EVAR.—¿Qué haga cola? ¿Y pa qué quién que haga yo cola?

GREG.—Señá Evarista, véngase usté pa acá que son costumbres del Hotel.

NEG.—Pero, señor Gregorio, ¿es que se ha casao usté y viene usté a pasar la luna de miel a este balneario?

GREG.—¡Venga usté a hacer cola, señá Evarista! (*Tocan una campana, abren la puerta y van pasando los pobres, todos los que se hizo alusión en el cuadro.*

Evarista, Gregorio y Ramoncito esperan, puesto que son los últimos. Sigue el desfile de pobres.)

EVAR.—¡Dios mío, y que luego digan... "Haz bien... y..."

GREG.—¡Y te verás en el Refugio!

ELOY.—(*Saliendo.*) Sí; no me habían engañao. Allí están. Son ellos... ¡Ramón!... ¡Hijo mío!

RAM.—¡Padre!

EVAR.—¡Eloy! (*Dudando de ir hacia él; pero Eloy la detiene con la mano.*)

ELOY.—¿Tú, tú al Refugio? (*Besándole y abrazándole.*) ¡Hijo de mi alma!

GREG.—¡Nos hemos salvao!

ELOY.—(*A Evarista, que quiere hablar.*) Calla. ¡Me llevo a mi hijo! ¡Y como sé que una mujer, por mala que sea, cuando es madre tié siempre algo bueno, yo ni te llamo ni te cierro las puertas de mi casa, para cuando quiers ver a tu hijo!

GREG.—¡Deme usté un abrazo, señor Eloy!

ELOY.—¡Si se acerca usté a mí, tan cierto como hay Dios, que le abro a usté la cabeza! (*Dándole un puñetazo.*) ¡Cuando un hombre es tan miserable que, olvidándose de tó, pone los ojos en la mujer del que fué con él casi un padre, se le debe matar como a un perro!

GREG.—Pero, óigame usté, señor Eloy. Si fué una idea salvadora...

ELOY.—¡No quiero verle a usté más! ¡A casa, hijo, a casa! (*Mira a Evarista.*) ¡A ti ya te he dicho tó lo que tenía que decirte! (*Este es llevado casi a la fuerza por su padre. El niño se agarra al delantal de su madre y tira de ella, llorando, y sin dejar de decir: "Madre, madre..."*)

EVAR.—¡Ramón, hijo mío! ¡Eloy! (*Hace mutis.*)

GREG.—¿Y esta es la idea que considerabas salvadora? ¡Gregorio, al Refugio! ¡Eres un acémila! ¡Reconcho! ¡Cerrao! ¿Y yo ande me quedo?

GUAR.—¡Hombre, le venía a usté buscando!

GREG.—¡Muchísimas gracias! (Viene a devolverme las tres pesetas, como si lo viera.)

GUAR.—¡Arrea pa alante, que vas a pasar la noche en la comisaría!

GREG.—¿Eh?

GUAR.—¡Pa que otra vez te finjas confidente!...

GREG.—¿Yo?

GUAR.—¡Y me guiñes el ojo!

GREG.—Pero, ¿ha sido por guiñar el ojo?

GUAR.—¡Natural! Como que es la seña que tenemos. ¡Pues te has ganao doce años de presidio!

GREG.—¿Doce años?... ¡Pues no es na lo del ojo! Ya decía yo que este condenao iba a ser mi perdición.

GUAR.—¿Condenao? Arrea pa la comisaría, que ya te condenarán. (*Lleváselo a empujones.*)

CUADRO TERCERO

Habitación inmediata a una azotea. Al foro, un gran arco, que comunica con ésta, viéndose gran parte de ella. Está adornada con macetas y flores. Día de primavera. Puertas laterales. Representa la habitación un comedor modesto, pero muy limpio y blanco, rebosante de luz. Hay una mesa y unas sillas, un sillón, una silla baja y algunos cuadros por las paredes. En la pared de la derecha, un reloj de los llamados de comedor. En la azotea se ven colgadas varias jaulas. En primer término derecha, EVARISTA, sentada en la silla baja, tiene delante una silla alta de paja, donde hay colocada una fuente. En ella va echando, después de mondadas, las judías verdes que en un paño blanco tiene sobre sus rodillas. El SEÑOR ELOY, en primer término izquierda, lee sentado en un sillón un diario de la mañana, y RAMONCITO, de rodillas en una silla, pintarrajeando

en un papel sobre la mesa del comedor. Al levantarse el telón hay un gran silencio. Si pudiera ser y no perjudicara, es posible fuera conveniente, se oyen los cantos de algunos pájaros y vendedores populares. El señor Eloy, por encima del periódico, mira a Evarista. Esta dirige también miradas furtivas a su esposo, y cuando cree que no la ve se limpia las lágrimas con el dorso de la mano. Eloy lo observa todo. Pausa. El señor Eloy, sin poder contenerse, da un suspiro. Evarista le mira francamente y él lo hace, por encima del periódico que utiliza, de Celestina. Evarista suspira también. Pausa. Dentro se oye a lo lejos: *Buenos tiestos de claveles dobles... Mora, moritas, moras. Moras de jardín, moras; ¿quién quiere moras, moritas, moras?* Pausa.

EVAR.—(¡Me da pena verle!)

ELOY.—(¡Esta mujer se muere en dos días!)

RAM.—Padre...

ELOY.—(*Desabridamente.*) ¡Déjame en paz! (*Evarista se levanta para ir por unas judías.*)

RAM.—Oiga usté, madre...

EVAR.—¡Déjame en paz, hijo mío! (*Vase por la izquierda, volviendo en seguida. Ramoncito se sale a la azotea entrando cuando se indique en el diálogo.*)

ELOY.—(*Con el periódico en la mano.*) Mi obligación es no separar el hijo de la madre. Por eso la tengo aquí, a mi lao. (*Pausa.*) Pero yo veo (*Reflexionando.*) que esa mujer se está muriendo a chorros; que en vez de dormir, llora. Un día la dije de pronto: ¡Hoy vamos a ir los dos pa ver si Dios quiere que demos con ese... con el Persianas! Y contra lo que yo me esperaba, vino pidiendo a Dios que tropezáramos con él. ¿Sabía que el Persianas no estaba en Madrid, y por eso fingió?... No lo sé. ¡Ella lo niega con la misma firmeza que el primer día! Y al fin me dijo que las cartas son de la Teresa... Fuí a verla y lo negó. ¿Será una infamia más de esta mujer?... ¿Es posible, Señor, que las mujeres puedan ser tan malas, después de ser madres?

EVAR.—(*Que sale triste y conciliadora.*) ¿Qué hablas, Eloy?

ELOY.—(*Secamente.*) Nada. (*Se pone a leer.*)

EVAR.—¿No comprendes, Eloy, que el día que esto se aclare te va a pesar cómo me tratas ahora? (*Vuelve la hoja del diario con dignidad, pero sin encono por su mujer.*) ¿Es que tú te crees que si no fuera por separarme de mi hijo iba yo a aceptar esta limosna que me das? (*Eloy tose. Está violentísimo.*) Estás muy equivocado, Eloy. ¡Yo no quería volver a esta casa, ya lo sabes; a esta casa, donde llevan mis ojos vertidas más lágrimas... (*En el calor de la conversación habrá soltado el paño donde llevaba las judías.*)

ELOY.—(*Muy emocionado y como si fuera el reo.*) Que se te han vertido las... (*Recogiéndolas. Evarista hace lo propio.*) ¡No tenía necesidad de que la gente dijera que te dejaba morir de hambre, ni mucho menos dar lugar a murmuraciones, como la del señor Gregorio; por eso lo hice!

EVAR.—(*Volviéndose rápidamente y encontrándose los dos en cuclillas frente a frente.*) ¡Ya viste aquella infamia!

ELOY.—*Desconcertado.*) ¡Ya lo ví! ¡Y así fuá to tan verdad como eso! (*Levantándose.*)

EVAR.—¡Así es!

ELOY.—¡Ojalá!

EVAR.—¡Lo es! (*Entra Ramoncito.*)

ELOY.—Ayuda... Coge eso del suelo. (*El chico ayuda a su madre.*)

EVAR.—Igual es lo otro, Eloy. Esas cartas son...

ELOY.—¡Calla! No hablemos de eso. Al señor Gregorio ya le he mandao recao de que venga a esta casa como si fuá la propia. ¡Pobre hombre!

EVAR.—(*Que ha terminado de recoger judías, le hace señas al chico de que se marche. Eloy lo observa todo y se hace el distraído.*) ¡Yo así no puedo se-

guir, Eloy! (*El chico observa desde el arco del foro.*) No te niego tus razones; pero bien sabe Dios que yo también las tengo! (*Pausa.*) ¿Qué dices?

ELOY.—¡Na!

EVAR.—¿Pero tú crees que iba a ser tan mala que después de haberte engañao te dijera...? ¡Eloy, mírame fijo, mírame y verás como mis ojos te dicen que todavia te quiero, y que te perdono to lo que me estas haciendo sufrir, y que jamás me lo compensarás cuando vuelvan..., que volverán, Eloy, aquellos días en que a nuestra casa se le llamaba la casa de la dicha!

ELOY.—(*Llorando.*) ¡No, aquellos días se fueron pa no volver!

EVAR.—¡Eloy! (*Eloy se dirige hacia el foro muy emocionado.*)

RAM.—(*Sale llorando.*) ¡Madre! No lloren ustés. Tos los días lo mismo. ¡Que yo no quiero que llore usté, madre! (*Abrazándose a sus piernas.*)

EVAR.—¡Ramón, hijo mío! (*Besándolo con efusión. Vase izquierda.*)

ELOY.—¡Ven, hijo mío! (*Le besa con la misma efusión que su mujer. Esta ha hecho mutis y el chico vase detrás.*) ¡Así nos besamos ahora!...

(*Dentro.*) ("Buenos tiestos de claveles dobles, gardenias y alelíes. ¿Quién quiere flores?")

GREG.—(*Asomando la cabeza por la puerta de la izquierda.*) ¿Se permite la entrada en este santuario al hombre más desgraciao de la tierra, incluyendo sus mares y ríos?

ELOY.—¡Señor Gregorio! Pero, ¿cómo se le ocurrió a usté aquella barbaridad, hombre de Dios?

GREG.—Porque a mí no se me pué ocurrir idea buena. Deme usté un capón... Sí, señor; y una patá ande más me duela. Me lo merezco, señor Eloy, me lo merezgo. ¡Es que no doy una!

ELOY.—Bueno no se hable más de eso. Venga usté acá.

GREG.—(*Llorando.*) Ahógueme usté. ¿Y la señá Evarista? Se quedó en la esquina. ¿Y Ramoncito?

ELOY.—¡Bien: demasiado bien estamos tos!

GREG.—¡Pobrecillos, qué días pasaron!

ELOY.—Aquello fué un sueño.

GREG.—¡Pa usté que hizo sus tres comidas reglamentarias! ¡Pero para nosotros que pasamos cuarenta y ocho horas con un melocotón, fué una pesadilla! Pero oiga usté, ¿qué ha hecho usté de la huevería? ¿Es que se han comido tos los huevos la señá Evarista y el chico? Es que con el hambre que traían...

ELOY.—La traspasé para evitar murmuraciones. No pué usté imiginarse las cosas que tuve que oir porque recogí del arroyo a esa pobre mujer.

GREG.—¡Como que lo decente hubiá sido dejarla morir de hambre!

ELOY.—También me lo criticaban.

GREG.—¡Es que las mujeres, pa la sociedad que representa el señor Celedonio, vienen a tener la importancia de los gorriones... ¿Que se sospecha de una señora? ¡Pues tiro que te pego! ¿Que luego resulta que se ha equivocao usté? ¡Pues como no es cosa de hacer lo que con don Lázaro y decirla: "Levántate y anda", pues anda y quédate en el sarcófago! (*Sale la Evarista.*) ¡Anda, la Evarista! Señá Evarista: ¡Asuélvame usté; diga usté que me perdona! ¡Qué idea aquélla!...

EVAR.—¿Aquélla?... Y todas. ¿Es que se le ha ocurrido a usté idea buena? (*El señor Eloy se va a un primer término para no ver a Evarista.*)

GREG.—Pero, ¿qué...? (*A Evarista.*) ¿No la hace a usté cara?...

EVAR.—(*A Gregorio.*) ¡Ya ve usté lo que me hace! ¡Yo no puedo más, señor Gregorio, yo no puedo más! ¡Estoy de limosna en esta casa!

GREG.—¡Calma! ¡Así he estao yo casi toda mi vida y no me ha ido mal, señá Evarista! ¡Calma!

EVAR.—¡Se me va acabando, señor Gregorio! ¡Yo no me merezco esto, Dios mío! (*Hablan bajo.*)

ELOY.—(¡Eso es bueno; que llore, que se desahogue! Ojalá pudiera llorar yo con la franqueza que ella. ¡Pero los hombres, los hombres no lloran, Eloy!)

EVAR.—¡Si esto se prolonga, yo hago un disparate, señor Gregorio! (*Hace mutis por el foro.*)

GREG.—¡Pero señor Eloy! (*Acercándose.*)

ELOY.—Calle usté. ¡Vergüenza y mentira me parece tenerla aquí presente!

GREG.—¡Aquí presente por milagro! ¡Veinticuatro horas más y la tié usté de cuerpo presente, con su afetísimo, en el depósito de cadáveres!

ELOY.—¡Qué desgraciado soy, señor Gregorio!

GREG.—Pues misté que yo...

ELOY.—Pero, ¿es que ha perdido usté el ojo?

GREG.—¡Toma, u se perdía él, u me perdía yo! Así es que determiné retirarle de la circulación y que baile lo que guste en privao.

EVAR.—(*Saliendo Ramoncito.*) Mira quién está ahí, hijo.

RAM.—¡Señor Gregorio! (*Besándole.*)

GREG.—Ven aquí, galán. ¡Es tó corazón el chico! ¡No tié ni esto de rencoroso! (*Tocándole la cabeza.*) (¡Y eso que entoavía se le conocen los chichones!) ¡Pues si ustés me permiten, quisiá hacer un osequio a Ramoncito, que bien se lo merece!

ELOY.—¡Señor Gregorio: bueno está usté pa osequos!

GREG.—No, si no me ha costao ná. Que reunía los cupones de un diario...

EVAR.—Ya, ya me acuerdo.

GREG.—Y me ha tocao esto. (*Haciendo mutis por la izquierda y entrando con un fonógrafo.*) ¡Un fonógrafo con seis cilindros de los más recreativos! ¿Quién ustés que los...?

RAM.—Sí, señor Gregorio, sí.

GREG.—¡Oigamos!

MÚSICA EN LA ORQUESTA

(*Figura que han puesto un disco. Este número lo bailan el señor Gregorio y Ramoncito. Al terminar el número se oye llamar a la puerta.*)

GREG.—Yo abriré. (*Abre y entra Celedonio.*)

CEL.—(*Por la puerta de la izquierda y asomando la cabeza por detrás de Gregorio.*) ¡Bien!

EVAR.—¡Celedonio!

ELOY.—Celedonio. (*Gregorio le amaga un capón sin que le vea.*)

CEL.—¡Me lo habían dicho y no lo quería creer!

GREG.—¿Pero a usté qué le importa?

CEL.—¡Amigo: estas cosas son colectivas y nos afectan a toa la sociedad!

ELOY.—¡Mira, Celedonio, yo te suplico!... ¡Déjame, hombre, déjame, que bastante tengo!

EVAR.—Sí, Celedonio, déjanos. Que bastante estamos pagando culpas que otros cometieron.

CEL.—¿Conque vives en pleno deshonor?

GREG.—¡Bueno: mire usté, vive como le da la gana! ¡Se vive y basta! ¡Ca cuál tié su alma en su armario: y como el armario estuviera abierto, se vería cá cosa que...! ¡Si tié usté gusto de disfrutar de una audición fonográfica: tome usté asiento que es gratis pa los pobres!

RAM.—¡Eso, eso, señor Gregorio.

GREG.—¡Anda tú, dale a la rueda!

—Bronca sorprendida en un café cantante, impresionada para esta casa! ¡Vamos, vamos; no perdamos tiempo!

—¡Ea, ahí tiene usté las cien pesetas, y vengan esas cartas!

—¡Vengan acá! ¡Tío ladrón!

—¡Eloy!

—¡Despréciale!

—¡El marido!

—¡Pero Eloy!

—¡Más voces! ¡Más voces!

—¡Tenga usté! ¡Canalla!

—¡Ladrón! (Enredándose a bofetadas con él.)

—¡Caray, están en la bronca! ¡Sinvergüenza! ¡Granuja! (Dándole palmadas en la espalda y dando él palmadas para evitar las bofetadas.)

—¡Bien; eso va muy bien!

—¡Esas cartas! (Le da una bofetada. Dando palmadas. El Persianas le da una bofetada al Sordo y éste a Celedonio.)

—¡Pero señores! (Gritos voces, palmadas, etc.)

—¡Muy bien!

—¡Todo ha terminado entre nosotros! (Mutis de Eloy y Celedonio.)

—¡Por la salú de nuestro hijo! (El Sordo continúa dando voces y palmadas, pero como lo hace él solo, se oyen débilmente. Dando gritos y palmadas, y dirigiéndose hacia el foro en busca de Eloy y Celedonio, que han hecho mutis.)

—¡Más ruido! ¡Más ruido!

—¡Que son pocas las bofetadas!

—¡Bien se conoce que no te las han dao a ti!

—¡Eloy! ¡Eloy! ¡Me dejan tos!

—¡Menos yo; que cada vez la veo a usté más granítica!

—(Dando voces y palmadas.) *¡Más voces! ¡Más voces! ¡Más palmadas! ¡Más ruido! ¿Adónde va esa gente? ¡Si aún no ha terminado el disco!*

—(Dando palmadas a Pepe y dándolas él.) *¡Fuera! ¡Granuja¡ ¡A ése!*

—¡Voces, voces! Pero ¿qué es esto, Persianas? ¿Es esa la mujer de las cartas?

—¡Qué va a ser! ¡Si la de las cartas es la Teresa! ¡La mujer de un tal Celedonio!

—Dando palmadas a Pepe y dándoselas él.) *¡Fuera! ¡Granuja! ¡A ése!*

(Los personajes están colocados del modo siguiente: Evarista a la izquierda, todos los demás, a la derecha, y en este orden. El más próximo a la escena el señor Eloy, a su lado el señor Gregorio, y al lado de éste, y sentado en una silla baja, Celedonio. El niño delante de la mesa.)

ELOY.—¡Evarista! ¡Mi Evarista!

GREG.—¡Reconcho! ¡Providencial!

EVAR.—¡Eloy!

GREG.—¡Tenía usté razón: esto había que oirlo bien! (*Celedonio ha quedado sin resuello. Por fin, rompe.*)

CEL.—¡Mi madre! ¡La Teresa!... ¡El Persianas!... Yo...

GREG.—Sí, señor; fué con dinero que la dió Teresa a recoger otra remesa de epístolas como las que nos ocupan.

CEL.—¡Adiós! (*Medio llorando.*) ¡Y buen provecho! (*Vase. Gregorio le da un pase de muleta al pasar junto a él.*)

ELOY.—¡Ahora verás quién soy yo pa ti!

RAM.—Quien lo veremos seremos nosotros, señor Gregorio.

EVAR.—¡Que está ahí el chico!

GREG.—¡Mejor, así le enseñarán ustés a querer, que es lo primero que debía enseñarse en la vida!

ELOY.—¡A mis brazos, señor Gregorio!

GREG.—Espere usté, que primero voy a indultar a éste! ¡Como es día de gran fiesta habrá bailes populares, y que baile en público!

ELOY.—(*Abrazando a Evarista.*) ¡Pues usté se lo pierde! (*Gregorio guiña el ojo.*)

RAM.—¡No me guiñe usté el ojo, que ya lo veo!

GREG.—¡Y que ahora lo vemos los dos por igual!

FIN DEL SAINETE

NOTA IMPORTANTE

Mientras en el aparato se oye la bronca, los actores, en el momento que estimen más oportuno, dirán las siguientes frases:

EVAR.—¿Qué es esto?... ¿Ha salido en el fonógrafo?

ELOY.—¡Dios mío!

CEL.—El dedo de Dios.

GREG.—He metido la pata y la he metido bien. (*Queriendo quitar el disco.*)

ELOY.—Quieto..

CEL.—Silencio. Esto hay que oirlo bien. La escena no pué ser más real. ¡Qué bien se le oye al Persianas!

CÁNDIDO ALONSO Y COMPAÑÍA
Ronda de Atocha, 15.
Madrid.—Teléfono 808.

TALLERES TIPOGRÁFICOS

MONTADOS CON LOS MAS MODERNOS ELEMENTOS
NECESARIOS PARA LA IMPRESION DE OBRAS
REVISTAS Y TRABAJOS MERCANTILES

Cándido Alonso y C.ª

RONDA DE ATOCHA, 15. ✧ Teléfono M. 809.

MADRID

Tálleres de Fotograbado ELECTRO

BRONCE - CINCOGRAFÍA
CROMOTIPIA-FOTOLITO

LUIS SANTOS

PRECIADOS, 42. — MADRID
TELÉFONO 5.059

Representante: FRANCISCO SOLOVERA

ESCUELA ALEMANA
DE
IDIOMAS

ALEMÁN, FRANCÉS, INGLÉS, ITALIANO, RUSO

PROFESORADO INTERNACIONAL

MADRID

CALLE DE LAS HILERAS, 10

(ESQUINA A ARENAL)

Relación de los números publicados por

3 0112 117479482

1 *El amigo Melquiades*, por Carlos Arniches.
2 *El modelo de virtudes*, por Pedro Muñoz Seca.
3 *La familia de la Sole; El porvenir del niño*, por Antonio Casero.
4 *Las pecadoras*, por Antonio Asenjo y Angel Torres del Alamo.
5 *La sobresaliente*, por Jacinto Benavente.
6 *Una pasión y un frac*, por Fernando Luque.
7 *El orgullo de Albacete*, por Paso y Abati.
8 *Lluvia de hijos*, por Federico Reparaz.
9 *La sombra de Otelo*, por José Montero.
10 *La cocina; La afición*, por Antonio Ramos Martín.
11 *El capricho de las damas*, por Asensio Mas, Cadenas y Blasco.
12 *El contrabando; De balcón a balcón*, por Sebastián Alonso y Muñoz Seca.
13 *Serafín el Pinturero*, por Arniches y Renovales.
14 *El Conde de Luxemburgo*, por José Juan Cadenas.
15 *Celia en los infiernos*, por Benito Pérez Galdós.
16 *La pradera de San Isidro; Las castañeras picadas*, por D. Ramón de la Cruz.
17 *El amigo Teddy*, por Antonio Palomero.
18 *¿Cuántas, calentitas, cuántas?; ¡Viva el difunto!*, por Tomás Luceño.
19 *Coba fina*, por Muñoz Seca y Pérez Fernández.
20 *El puñao de rosas*, por Arniches y Asensio Mas.
21 *Aquí hase farta un hombre*, por Jorge y José de la Cueva.
22 *El baile de Luis Alonso; Las mujeres*, por Javier de Burgos.
23 *La nicotina*, por Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
24 *La patria chica*, por Serafín y Joaquín Alvarez Quintero.
25 *Los granujas*, por Carlos Arniches y José Jackson Veyan.
26 *El asistente del coronel*, por Gonzalo Cantó.
27 *La Cara de Dios*, por Carlos Arniches.
28 *El tambor de Granaderos*, por Emilio S. Pastor.
29 *El brillo de los cairelas*, por Angel Torres del Alamo y Antonio Asenjo.
30 *Los últimos frescos*, por Pedro Pérez Fernández y Fernando Luque.
31 *Las mocitas del barrio*, por Casero y Larrubiera.
32 *La verbena de la Paloma o el Boticario y las chulapas y celos mal reprimidos*, por Ricardo de la Vega.
33 *Bohemios*, por Perrín y Palacios.
34 *Lista de Correos*, por Francés y Lea.
35 *El Santo de la Isidra* y *El tío de Alcalá*, por Carlos Arniches.
36 *Molinos de viento*, por Luis Pascua Frutos.
37 *El abuelo*, por Benito Pérez Galdós.
38 *Las flaquezas del prójimo* (de nuestro concurso de novelas). Lema: "Del Madrid castizo".
39 *El Cristo de la Vega*, por Cantó y Soldevilla.
40 *El redil*, por José Ramos Martín.
41 *El reloj de míster Hull*, por Melitón González.
42 *En un lugar de la Mancha*, por Pablo Parellada.
43 *Al primer vuelo...* (de nuestro concurso de novelas). Lema: "El Bachiller González".
44 *Cosas que vuelven*, por González Hompanera y López Núñez.
45 *Las de Sabiñánigo de veraneo*, por A. R. Bonnat.
46 *El roble de "La Jarosa"*, por Pedro Muñoz Seca.
47 *La Peliculera* (de nuestro concurso de novelas). Lema: "Sancho Panza".
48 *Lo que no muere*, por Alonso Gómez y Manzano Mancebo.
49 *Lorenza "la Resalá" o la verbena del barrio*, por Juan Tavares.
50 *Las urracas*, por Ignacio Iglesias.
51 *El gitanillo*, por Manuel Garrido.
52 *Doña María Coronel*, por M. Seca.
53 *Mi tía Ramona*, por Paul Gavault.
54 *La Tarasca del Barrio*, por José Mesa Andrés.
55 Corazonadas, por Flers y Caillavet.